

NOTICIAS DE LIBROS

LEONARD MOSLEY: *El fracaso de las democracias*. Luis de Caralt, editor, Barcelona, 1974, 407 pp.

A veces la manía de rebautizar los títulos de los libros cuando se procede a su traducción hace que la nueva criatura parezca irreconocible. Es el caso de este libro, exclusivamente una obra de historia diplomática, en el más estricto de los sentidos. Textualmente hubiera debido traducirse como *Con tiempo prestado: Cómo comenzó la II Guerra Mundial*. Si el subtítulo se hubiera mantenido, el lector sabría, al menos, que no se trata de cuestiones ideológicas. La obra cubre exactamente un año de extensión: desde mediados de septiembre de 1938, cuando se plantea definitivamente la crisis de los sudetes, hasta mediados de septiembre de 1939, cuando Rusia, de acuerdo con los alemanes, procede a la invasión y ocupación de Polonia oriental.

El autor pertenece al gremio de corresponsales que «estuvo allí». Aunque es un trabajo de investigación, también lo es de reminiscencias personales y otros contactos ulteriores con figuras supervivientes de la época. El libro apareció en Inglaterra en 1969. El capítulo de agradecimientos es amplio, y el de bibliografía, bien buscado. El autor abusa en exceso de diálogos, a veces insustanciales, teniendo en cuenta el espacio que ocupan. Hubiera podido decir lo mismo con bastantes menos páginas. Sin embargo, algunas de las aportaciones son de interés o, cuando menos, curiosas, aun-

que no pocas veces tengamos que descansar en la mera palabra del autor.

Aunque Mosley lamenta que no haya encontrado ningún tipo de ayuda en los archivos soviéticos, a los que no se pudo acercar (pero ¿quién diablos cree que es para tamaña osadía?), a diferencia de las facilidades que encontró en otras partes, incluyendo Polonia, lo cierto es que el libro va demasiado lastrado de política exterior británica y casi desprovisto de las demás, con excepción de la alemana. Sin documentación publicada, está más presente Rusia que Japón, cuya documentación está al alcance de los historiadores. Por eso la guerra chino-japonesa y la que se le añade *de facto*, la ruso-japonesa, casi brillan por sus ausencias, a pesar de lo decisivo que era para Rusia, que quería centrarse en Europa.

Desde la perspectiva militar, a pesar de que enumera divisiones y algún otro aspecto menor del rearme de la época, no trata de abrirse paso en la jungla de datos para tratar de conseguir una buena conexión entre los comportamientos diplomáticos y estratégicos. Se toma demasiado al pie de la letra lo que dijeron o no dijeron demasiadas personalidades. Por todo ello, el trabajo más bien parece de yuxtaposición que de reconsideración global de todo lo que estaba en marcha.

Uno de los aspectos mejor logrados es el capítulo soviético en los meses que precedieron a la guerra. De pronto, alemanes, franceses e ingleses descubren la URSS y deciden que existe. Alemania, para evitarse la guerra en dos frentes; los ingleses (y su apéndice francés) se dan cuenta que para dar una ayuda efectiva a Polonia se requiere de una conexión con Rusia. La desgana británica en las subsiguientes negociaciones es puesta completamente de relieve, sin ahorrarse argumento, por lo que la posición soviética sale bien de la prueba. Esto ya lo había demostrado, y bien, el historiador terrible que es A. J. P. Taylor, que sabe un rato de la cosa.

Para quien sepa ya la historia saltará de la silla ante parrafadas intrascendentales, pero también se sorprenderá si le pasa lo

que a mí: saber que el jefe de la delegación francesa que se dirigió a Moscú en agosto de 1939 era el general Doumenc, quien, «a pesar de sus sesenta años, era el general más joven del Ejército francés»; pero, pásmese más el lector, «era un ardiente partidario de toda idea renovadora» en cuestiones bélicas.

Los diálogos, que no son de sargento, no ahorran buenos tacos y palabrotas, adecuadamente traducidos. Aunque la traducción es buena, alguien puede tener algún que otro sobresalto cuando el *the late* Fulanito de Tal lo ve insistentemente traducido por «el último», etc., o bien «submarinos» quedan en «barcos U», o confunda «personaje» por «carácter», siguiendo aquello de que su propio nombre lo indica.

T. M. V.

CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Historia del Africa negra*. Editora Nacional, Madrid, 1974, 454 pp.

Al autor no le faltan títulos para lanzarse a una empresa como la de escribir una historia del Africa negra: doctor en Filosofía y Letras, miembro del Cuerpo Facultativo de Archivos y Bibliotecas, numerario de Deusto, residente durante seis años en Guinea Ecuatorial, tesis doctoral sobre una de las lenguas de dicho país, participante en diversos congresos africanistas, autor de distintos libros sobre dichos temas... Y sin embargo...

Y sin embargo la obra, que a primera vista promete, defrauda. Su publicación —mejor dicho, su no publicación hasta ahora— es ya un misterio y un *handicap*. Como dice el propio autor, fue terminada en 1965, «pero circunstancias personales impidieron su puesta a punto para la publicación»; luego le da una «solución»: pegarle un «epílogo-resumen de los años

1960-1970», a cargo del «periodista internacional Vicente Talón», conocedor de Africa, etc. La curiosidad radica en que teniendo en cuenta la disposición del libro y sobre todo los capítulos de la descolonización, que describen país por país (exactamente el mismo método de Talón para la mayor parte de su añadido), no se explica por qué la prolongación no la ha efectuado el propio autor: sólo habría sido cuestión de empalmar su Ghana con la Ghana de Talón, su Sierra Leona con la Sierra Leona de Talón, y así sucesivamente.

El autor opera sistemáticamente con fuentes secundarias, pero fuentes de solera y valía bien reconocidas. En tal sentido, es lástima que no hubiera operado como la inventiva japonesa, es decir, en su falta de inventiva: buscan lo mejor de todos

los inventos de los demás y consiguen la síntesis de su propio «invento». Por lo que a metodología se refiere, nada hay escrito. Cualquiera puede ser buena si es consecuen- te consigo misma. Sólo que desembocar en una sistemática individualización por paí- ses simplifica por un lado la materia y la aleja igualmente del propósito del libro. Porque, no se olvide, se trata de una his- toria del Africa negra, no de los países del Africa negra.

Y ya que en esto estamos, ¿qué entiende el autor por «Africa negra»? Lo interpreta en su «sentido más amplio», permitiéndole así englobar a todos los países que «po- seen una población de color, aunque para algunos historiadores no sean propiamente países negro-africanos». Nuevamente el enunciado carece de consecuencias. No voy a decir que los etíopes se sentirán más que molestos por codearlos con los negros, sino porque habiéndose incluido Sudán, mino- ritariamente negro, no se hace lo propio con Mauritania, que le sucede lo mismo. Y también se incluye Somalia, que en modo alguno es negra (y si tiene negros, no será en más proporción que Arabia Saudí o Portugal).

En cuanto a la pretensión de servir de libro de referencia —«para la consulta de datos concretos»—, es prácticamente inevi- table que algunos no se encuentren y que otros estén mal. Pero uno salta del sillón cuando se entera que, a propósito de la trata de negros y la esclavitud, el número de africanos negros en América a fines del siglo XVIII era de «24 millones, de los cua- les 10 estaban en Estados Unidos, 8.300.000 en Brasil, 2.900.000 en Haití, y en los paí- ses españoles de América del Sur, 150.000, con lo cual ya se advierte cómo va a que- dar la distribución de la raza negra en América al ser abolida la esclavitud.» ¡Que Dios nos coja confesados! Con todo lo pro- blemáticas que son las demografías de la

época, se considera que la población *global* de tales regiones oscilaría precisamente en esos 24 millones, aproximadamente repar- tidos así: cuatro millones en USA (con tres cuartos de millón de negros), 15 millones en Hispanoamérica (con 1.200.000 negros), tres millones en Brasil (menos de un mil- lón de esclavos) y medio millón en el con- junto de Santo Domingo (las cuatro quintas partes negros). A propósito de la trata de negros, el autor, todo y aun lamentándolo profunda y sinceramente, no deja de sub- rayar el otro lado de la medalla, pero que yo prefiero no dar mi opinión: «También pueden ser positivas algunas consecuencias de orden menos material, tales como la evangelización y civilización de los escla- vos una vez establecidos éstos en su des- tino definitivo.»

Por el procedimiento de interesarse más por los árboles que por el bosque, al lector le pasarán inadvertidos hechos tan super- significativos como la Conferencia de Ber- lín, la pugna por las fronteras en Africa austral, las pretensiones de un ferrocarril El Cabo-El Cairo, etc. Tampoco Talón es afortunado en su parche final. Ni siquiera concuerda con el prólogo del autor, pues- to que llega hasta 1973, pero no arranca de 1960, sino más tarde, y no toma todos los países dejados por el autor, por lo que el lector ni siquiera podrá constatar que algunos han cambiado de nombre. Algu- nos errores son de bulto: por ejemplo, Eduardo Mondlane, líder del FRELIMO, no fue asesinado «por sus propios hom- bres», sino por un paquete postal explosivo del que los portugueses, al parecer, saben algo; es inaudito decir que «el presupes- to nacional nigeriano no sobrepasa los 20 millones de antiguos francos (Níger, no Nigeria), pues peca por abajo, como posi- blemente peca por arriba decir que las inversiones norteamericanas en Liberia son de 400 millones de dólares cuando las

máximas, en Sudáfrica, sólo triplican tal cantidad; decir que el primer ministro del Norte (Nigeria) fue asesinado es verdad, pero es sólo a medias hablar de su colega del «Sur», puesto que políticamente este Sur como tal no existía, sino «Este» y «Oeste»; la masacre de ibos y la caída de Ironsi fueron en 1966 y no en 1969... La problemática presa de Cabora Basa no aparece por ningún lado. Afortunadamente,

Talón ha tenido sentido crítico suficiente para arremeter simultáneamente contra la fantasmagoría de un Nkrumah y el neo-colonialismo, que no es un contrasentido.

El libro incluye mapas y sobre todo numerosas ilustraciones, que sin duda son lo mejor de él. En descompensación, la numerosa bibliografía parece antediluviana.

T. M.

ANTONIO GAZOL SÁNCHEZ: *El Tercer Mundo frente al Mercado Común Europeo*. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1973, 110 pp.

La Conferencia de los países productores de petróleo y miembros integrantes de la organización OPEP, Conferencia celebrada en Argel en enero del corriente 1975, y posteriormente la Conferencia de primeras materias del Tercer Mundo, que tuvo lugar en Dakar en febrero, han aumentado la actualidad y el relieve de algunas cuestiones cuyos valores internacionales de alcance universal tienden a ser cada vez más decisivos. Entre ellos, todo el amplio conjunto de los vínculos entre los grupos regionales de países en trance de desarrollo y el núcleo que integra la Comunidad Económica Europea. Aunque no sólo por las conexiones económicas propiamente dichas, sino acaso más por las de características políticas. Sobre todo en relación con África negra, el Próximo Oriente árabe y ciertos sectores de Iberoamérica.

Sobre gran parte de esto constituye una cuidada y clara preparación el manual publicado anteriormente en Méjico dentro de la colección «Archivo del Fondo» y el propósito de servir tanto para la divulgación informativa como para una utilización especialista en casos urgentes. En cuanto a la esencia del programa del libro redactado por Antonio Gazol Sánchez, su punto de arranque consiste en poner de relieve

que los orígenes de las características que actualmente presentan las relaciones entre la Comunidad Económica Europea y el Tercer Mundo se encuentran principalmente en los antecedentes de la historia metropolitana de la primera y en el pasado colonial del segundo. En este sentido, es esencial tener en cuenta el antecedente de que los comienzos de vinculación de dicho grupo de Estados de Europa con los Estados que ahora forman parte del generalmente denominado «Tercer Mundo» fueron normados por disposiciones de la parte IV del Tratado de Roma. Desde que dicho Tratado fue firmado el 25 de marzo de 1957.

Las condiciones beneficiosas que entonces estableció la Comunidad Económica Europea con algunos países del Tercer Mundo se referían a territorios que eran o habían sido colonias de las naciones firmantes del acuerdo referido. Se estipuló que aquellos territorios se beneficiarían de ventajas particulares en los aspectos del intercambio y de una asistencia del Fondo Europeo de Desarrollo. Pero sólo los intereses políticos y económicos propios de la que entonces había comenzado por ser llamada «Europa de los Seis» mostraron la incorporación de los países entonces dependientes o ex de-

pendientes al papel de asociados indirectos de dicha Europa.

El núcleo principal de los territorios procedentes del sistema colonial estaba constituido por las posesiones africanas de Francia y Bélgica. Su integración dentro del marco común de realizaciones de la Europa de los Seis estaba sobre todo motivada por la necesidad de que los firmantes del acuerdo de Roma tenían de garantizarse la continuidad de fuentes de abastecimiento en materias primas para sus industrias.

El libro de Antonio Gazol Sánchez concede un especial relieve y se ocupa con gran detenimiento inicial del papel (cambiante y creciente) desempeñado por los países del Africa tropical. Por ejemplo, destaca la paradoja de que cuando los dirigentes de la Europa de los Seis consideraron ventajosa la adhesión de los países y territorios de Ultramar para no dejar de seguir utilizando sus ex dependencias bajo nuevas formas de nuevos Estados, al mismo tiempo fue especificado que la incorporación debería favorecer los intereses de los habitantes de dichos países (africanos y otros). Aunque no se preveía que los futuros gobernantes africanos pudieran interpretar las cosas de otro modo.

Así, aunque al principio la Comunidad Económica Europea fue considerada como una unidad con cada uno de los países y territorios de Ultramar, sin que éstos for-

masen entre sí ningún bloque respecto al bloque de los países comunitarios europeos, la evolución política posterior ha ido dando preferencia a las vinculaciones de los africanos con otros sectores más vastos (como la OUA, el conjunto de los no-alineados, etcétera). Con lo cual los pactos de acción común de los africanos y los países del Mercado Común de la CEE han ido pasando a planos secundarios.

La efectiva independencia de las actuaciones africanas desde el Convenio de Yaundé, en julio de 1964, ha ido cada vez más acentuando los poderes de decisión de los africanos, que ahora tienden a ser solicitados tanto como a solicitar.

En realidad el libro del señor Gazol Sánchez pone de relieve que el hecho principal que actúa para poner a todos los del Tercer Mundo en un primer plano fue el comienzo de la definición de programas comunes para todos los países en vías de desarrollo. Cita como base la Conferencia de la ONU en 1964, donde actuó el llamado «grupo de los 77» con países miembros del conjunto árabe, Iberoamérica, Asia sudoriental y extrema Africa tropical, etcétera. A lo cual habrían de añadirse ahora las Conferencias más recientes de los mismos países del desarrollo en trance y la supresión del concepto de «países pobres». Tales como la reunión de Dakar del pasado febrero.

R. G. B.

LUIGI BONANATE: *La politica della dissuasione (la guerra nella politica mondiale)*. Edizioni Giappichelli, Turín, 1971, 429 pp. (publicazioni dell'Istituto di Scienze Politiche dell'Università di Torino, vol. XXVI).

Las cuestiones estratégicas, el problema de la paz y la guerra tratado de una forma realista, es prácticamente coto cerrado de autores anglosajones, especialmente norteamericanos. Algún francés es prominente

en tales estudios, como Raymond Aron. He aquí que un italiano nos sorprende con un magnífico libro en donde la *prima dona* es la disuasión: los artefactos atómicos, que, al provocar el «equilibrio del

terror», disuaden a que ninguno de los bandos dé el primer plano como única manera de no ser borrado del mapa en el coletazo del previamente atacado.

El estudio toma unos aires iniciales al estilo de Bouthoul, pero, dejando aparte la «polemología» y partiendo de la teoría del conflicto, se plantea la cuestión de la guerra y la paz. Pero como los términos y conceptos del magno planteamiento estratégico están tan engarzados, el autor se ve prácticamente obligado a proyectarnos la situación estratégica mundial, aunque procure poner el acento en la disuasión, en este «mal menor» que muchos interpretan la existencia del mutuo terror termonuclear, pues sin él la guerra cobraría posibilidades más probables.

En todo caso, el problema de la disuasión en modo alguno es estático. Los rápidos cambios tecnológicos, los sistemáticos perfeccionamientos de las armas y sus vectores, escalan por ambos lados precisamente para que el sistema de armamentos propios siga siendo «disuasor», que no pase de moda. Los dos primeros capítulos hablan del «sistema internacional», capítulos que serían transferibles a cualquiera de relaciones internacionales. Curiosamente, ninguno de los múltiples epígrafes hace referencia al tan traído y llevado «complejo militar industrial» (que si existe lo será por partida doble, pues los rusos también cuentan), lo que demuestra que en este sentido mínimo ya es un libro serio, no cogiendo el rábano por las hojas.

Es interesante el último capítulo, sobre «las alternativas al sistema de la disuasión». La cuestión de la «respuesta gradual» es, desde luego, tenida en cuenta, pero el epígrafe llamativo es el de la «contradisuasión». Fueron los chinos quienes hablaron de los americanos como «tigres de papel» y fue Kruschchev quien dijo que sí, pero con dientes atómicos. Cuando los soviéticos carecían de armamento atómico fingieron desdeñarlo por omisión (manifestaciones pacifistas aparte), pero cuando lo han poseído y con abundancia no han meneado más el asunto. Es lo que ha ocurrido con los chinos. Pertenecen a Lin Piao estas palabras: «La bomba atómica espiritual, de la que dispone el pueblo revolucionario, es mucho más útil y potente que la bomba atómica material» (en *¡Viva la victoria de la guerra popular!*). Es aquello de hacer de la necesidad virtud, o «dime de lo que presumes y te diré de lo que careces», más o menos. Eso sería la contradisuasión, que no convence a nadie, sobre todo a los chinos, cuando han terminado por aliarse con los tigres de papel contra los zares rojos, o, cuando menos, ésta es la versión que éstos suponen.

Un gran aparato bibliográfico no sólo inerte (40 páginas), sino utilizado con profusión (y en donde la inestimable *Paz y guerra entre las naciones*, de Raymond Aron, parece tener importancia primordial), remata esta obra, con índice analítico, que honra a los italianos.

T. M. V.

ABSP: *The Kurdish Problem in Iraq*. Ath Thavra Publications, Bagdad, 1974, 198 pp.

Se trata de un informe documental completo sobre la situación política existente entre el Estado y el Gobierno de Iraq y la numerosa e importante minoría de los kurdos, que habitan en las provincias sep-

trimentales del país. Después de haber sostenido una activa resistencia armada de lucha guerrillera, aunque con varios intervalos de breves paces, los núcleos más numerosos de los kurdos iraquíes o ira-

quianos llegaron a un importante pacto, concertado el 11 de marzo de 1970. Dicho pacto, entre otras concesiones, preveía una autonomía regional dentro de la nación iraquí para las zonas kurdas del Norte, pero no fue nunca íntegramente cumplido ni aplicado por ninguna de las dos partes. Sin embargo, quedaron en pie diversas aplicaciones parciales de derechos especiales para los kurdos, tanto en las partes septentrionales como en la misma capital nacional: Bagdad.

El libro publicado en 1974 sobre el problema kurdo en el Iraq lo ha sido bajo las iniciales de ABSP, las cuales corresponden a la sigla que se refiere al Arab Baath Socialist Party o partido baazista, que es el predominante dentro del sistema constitucional iraquí, teóricamente parlamentario, aunque con un neto dominio o predominio de las formas del baazismo, el cual es en esencia la forma más típica de un socialismo árabe. La publicación y difusión ha sido hecha por la llamada «Ath-Zhawra» (que en castellano se pronuncia *Az-Zaura*), y que es el Comité directivo central del partido Baaz dentro de su variante de Bagdad.

Uno de los motivos que más destaca el interés de orden documental que entre el conjunto de los problemas del Próximo Oriente tienen las cuestiones referentes a los kurdos es el hecho de que los destinos políticos de aquel antiquísimo pueblo (el cual vive repartido y dispersado dentro de las fronteras de varios Estados que en cierto modo le suelen ser ajenos) constituyen una especie de «pequeña cuestión de Oriente» insertada dentro de la cuestión del pequeño ángulo Europa-Asia, pero con características aparte. Desde que al final de la I Guerra Mundial se propuso en la Conferencia de Versalles que con los kurdos y sus territorios nativos se hiciese una nación aparte. Aunque aquel proyecto no

logró ser aceptado por las potencias aliadas, el «pankurdismo» racial no ha dejado de existir y ha ido originando levantamientos armados en diversos países.

Sabido es que los kurdos se encuentran dentro de unas zonas pertenecientes a Turquía, Irán, Iraq, Cáucaso soviético y el nordeste de Siria. En realidad su núcleo más interesante y genuino es el de los del Irán, teniendo sobre todo en cuenta que los kurdos son parientes de los persas por muchos rasgos de la raza y de los idiomas respectivos. Sin embargo, los kurdos que más dan que hablar y escribir son los del Iraq, porque sus guerras de guerrillas contra los diferentes gobernantes y los diferentes regímenes de Bagdad vienen siendo casi continuas desde 1961.

Muy sabido es también que el jefe y líder del «nacionalismo regional» que aspira a ver surgir un Estadillo kurdo local (aunque sea como variante regional del Estado nacional del Iraq, que tiene forma oficial), ha venido siendo el famoso cabecilla Mul-lah Mustafa Barzani.

El punto fundamental de arranque de la etapa actual del problema kurdo, en relación con la nación iraquí en particular y con el conjunto que forma la Liga Arabe en general, fue el referido pacto o acuerdo del 11 de marzo de 1970. Aquel pacto se firmó poco después de ocupar el poder y ponerse a la cabecera de la República iraquí el actual régimen de Bagdad. Es decir, cuando se impuso totalmente en lo estatal y lo gubernamental el partido Baaz y ocupó la presidencia de la República, así como la jefatura del Consejo Revolucionario, el general Ahmed Hassan Al Bakr. El pacto de 1970 admitió que en el norte se diese a los kurdos una autonomía regional, con autoridades locales, centros de enseñanza en su lengua, etc. En el texto de la Constitución se llegó a proclamar que la nación del Iraq constaba de dos pue-

blos: árabe y kurdo... Pero en octubre de 1974, Mul-lah Mustafa Barzani había roto con el pacto desde hacía tiempo, sin que en realidad nunca se hubiese llegado a aplicar.

El manual publicado en Bagdad por Ath-Zhawra presenta los motivos que el régimen iraquí tiene para justificar su conduc-

ta y sus concesiones respecto a los kurdos. Dicho librito consta de una primera parte expositiva con elementos de deliberaciones sobre el tema, y de una segunda parte donde se reproducen los documentos esenciales. Sobre todo la Ley de Autonomía, que se dio en marzo de 1974.

R. G. B.

JACQUES ARNAUD: *El socialismo sueco: una sociedad mixta*. Ediciones Península, Barcelona, 1974, 133 pp. (colección «Ediciones de Bolsillo», 393).

La tan traída y llevada expresión de «modelo sueco» resulta que no es sueca; como resulta que tampoco lo es la de «socialismo sueco». Lo que corrientemente se lleva en Suecia es «sociedad mixta»; pero esa mixtura de capitalismo y socialismo se aplica, en distintas proporciones, por doquier, empezando o terminando por la infame economía india. Resulta que obreros y patronos han decidido ser pragmáticos desde hace mucho tiempo en Suecia y encima resultarles bien la experiencia, sin que necesariamente satisfaga el planteamiento por entero ni a unos ni a otros. Pero van tirando sin excesivas sorpresas, o al menos con sorpresas que no admitan solución y nuevos replanteamientos y relanzamientos.

Ni el partido socialdemócrata, «que conoce bien el sentido de las palabras, ni la patronal, que considera que la naturaleza de la expresión [socialismo sueco] podría perjudicar a las sociedades suecas que intentan desarrollar sus relaciones internacionales...», emplean tal expresión. De la misma manera que lo «burgués» —los «partidos burgueses»— se emplea corrientemente sin el sentido peyorativo con que suele comprenderse fuera de Suecia. Suecia es, pues, un país sin complejos, en donde no se duda en llamar las cosas por su nombre. El libro fue publicado en Francia en 1971.

Desde entonces los socialdemócratas han triunfado en otras elecciones legislativas, aunque haya sido por empate. Los partidos burgueses creyeron que era su ocasión, afeándoles el monopolio del poder desde principios de los años treinta. El líder y primer ministro socialdemócrata no se molestó en contorsionismos dialécticos; nosotros tenemos el poder político; vosotros tenéis el poder económico. Que a los cuarenta años de monopolio socialdemócrata la socialdemocracia reconozca tan llanamente eso no es para enorgullecerse. Pero los obreros son adultos y son prácticos, aunque en alguna que otra ocasión, y para una cuestión concreta hayan provocado sonadas huelgas.

El ritmo de trabajo que se impone es rauda, pero la productividad es la productividad. O se aumenta el ritmo o se disminuye el salario. Y los sindicatos son negociadores a la par. ¿Cogestión? Pues sí para lo microeconómico y nada que hacer para lo macroeconómico. ¿Que el Estado, por presión de su electorado, aumenta la suya? Entonces el capitalismo sueco plantea la otra cara de la moneda: nos vamos al extranjero, donde se nos espera con los brazos abiertos. No se trata de exportar pura y simplemente capital, sino una técnica reconocida. Porque no hay que olvidar que cuando Suecia industrialmente era na-

da, o comenzaba a ser muy poco, había inventado los calibres de precisión, los cojinetes, la hélice de navío, la llave llamada inglesa (?)...

El modelo o no modelo sueco también, cómo no, ha sufrido asaltos, contestaciones y disecciones de almas puras en búsqueda de mundos immaculados. Los suecos (y hasta las suecas, que laboralmente no están exentas de discriminaciones), por lo visto, se han dado al pancismo o a la acomodación. Todo puede ser mejorado. Personalmente me gustaría saber de otro país sobre

el mapa que moleste menos y satisfaga más. A lo mejor ocurre que no pocas insuficiencias las ven compensadas por dos detalles: seguridad y libertad.

El libro es básicamente informativo, más que crítico o plañidero. El autor, en el fondo, si no en la forma, piensa como yo. Es decir, que los suecos, declarados adultos y emancipados, tienen y persisten en algo que no deben de considerar alienante o tentador como un plato de lentejas a todas horas.

T. M. V.

